

EL PROTOCOLO

Autor: Abilio Ayuso



Una historia que puede suceder en un futuro inmediato o puede estar sucediendo ahora sin que lo sepamos.

Antonio era el típico viejecillo simpático que acostumbra a caer bien a todo el mundo, excepto a un pequeño porcentaje de gente borde, aunque ese tipo de personas no le importaban en absoluto.

A sus ochenta y cuatro años gozaba de una importante pensión, fruto de sus muchos años trabajados y un patrimonio más que razonable conseguido con toda honestidad.

Invertía su tiempo en paseos por el campo, la escritura de fábulas que colgaba en su web y ayuda a una asociación animalista a la que había nombrado heredera, ya que no tenía ningún pariente directo.

A pesar de su edad, disfrutaba de muy buena salud, cosa que no era excepcional en la Europa del año 2050, por lo cual gustaba de hacer excursiones por alta montaña si el tiempo lo permitía.

Fue en una de esas excursiones cuando una mala caída le fracturó el fémur, aunque por fortuna no afectó a su sólida muñequera que contenía integrados un sin fin de aparatos y aplicaciones que todo montañero debía llevar consigo casi obligatoriamente.

Pulsando el icono oportuno, de inmediato la voz de la inteligencia artificial le preguntó acerca del problema mientras medía sus constantes vitales y fijaba su posición con precisión milimétrica, en pocos minutos un dron de salvamento le conducía al hospital más cercano.

Allí le inmovilizaron la extremidad afectada y le suministraron los sedantes oportunos, sin embargo, a partir de ahí, todo lo que había sido rapidez y eficiencia se convirtió en indecisión y prosternación, los médicos le decían que debían hacerle multitud de pruebas porque a su edad una intervención de tal calibre era muy arriesgada y así comenzaron a pasar los días.

Paralelamente Antonio, que a pesar de los sedantes mantenía la mente muy lúcida, llegó a trabar amistad con una de las enfermeras del turno de noche, a la que pasó la dirección de su web de fábulas para que se entretuviera en las aburridas guardias.

Antonio había estado en el país de aquella mulatita, del cual guardaba muy buen recuerdo y ambos disfrutaban explicando anécdotas acerca de lugares donde ella había vivido y él había estado de vacaciones, en muy pocos días surgió una buena amistad entre ellos.

Una noche en que vio como Lucilda iba a suministrar el sedante a través del gotero, la miró a los ojos y le preguntó: ¿Me están subiendo la dosis verdad?”.

Ella se detuvo, se quedó muy seria hasta que finalmente una lágrima rodó por su mejilla, luego acercó sus labios a la oreja del hombre y le dijo en voz muy baja: “Tienes que escapar de aquí, sino estás muerto”.

“¿Pero cómo?”.

“¿Cuántos casos conoces de ancianos que se rompen un hueso y ya no salen vivos del hospital?”.

“Pensándolo bien unos cuantos, pero es normal, a ciertas edades el cuerpo ya no se regenera de la misma forma”.

“Tú antes del accidente estabas bien, si te arreglaran el fémur lo seguirías estando, hoy en día hay medios sobrados para que eso suceda”.

“¿Y por qué no lo hacen los cabrones?, pediré consulta con otros médicos”.

“Todos te dirán algo parecido, existe un cierto protocolo que nadie se saltará”.

“¿El protocolo de dejar morir a los ancianos?”.

“Algo parecido, sino el sistema sanitario gratuito y las pensiones por jubilación serían inviables”.

“¿Y tú como sabes todo eso?”.

“Pertenezco a un grupo en el que intercambiamos información y tomamos medidas para que eso no les suceda a nuestros seres queridos ni a nosotros mismos al envejecer”.

“¿Podrías ayudarme a escapar de esta ratonera?”.

“No es fácil ni barato”.

“Por el dinero no te preocupes, no soy multimillonario pero dispongo de muy buenos recursos”.

“De acuerdo, déjame tu móvil”.

Ella estuvo maniobrando con el aparato mientras le explicaba: “De momento lo he sacado de la red del hospital, por suerte capta bien la cobertura externa, dame tu tarjeta identificativa y dime el pin de tu firma digital”.

“Antonio pensó que bien podía ser una de esas sofisticadas estafas, pero de la misma forma que la sonrisa estudiadamente amable de los doctores no le inspiraba confianza, los ojos de aquella chica le transmitían nobleza y compasión”.

Seguidamente ella le dijo: “Has solicitado la asistencia de un psiquiatra externo que después de una entrevista y alguna prueba certificará que estás en posesión de tus facultades mentales, eso no será sospechoso porque hay gente que en estas condiciones lo hace para modificar el testamento”.

“A partir de aquí encargarás ser recogido por los sanitarios de una clínica privada carísima, que te arreglará el hueso de inmediato, te rehabilitará y en muy pocos días estarás en la calle”.

“Y por fin salvado”.

“Nada de eso, a partir de ahí habrás escapado momentáneamente de las garras del protocolo, pero estarás en su punto de mira”:

“¿Y qué he de hacer?”.

“De momento no acudir a ningún punto sanitario de ninguna clase, ni siquiera a una farmacia, todo está controlado, lo antes posible liquidar todos tus activos en Europa: Acciones, casa, apartamentos y transferirlo a una cuenta que puedas manejar desde el extranjero, nombrar un abogado o gestor para que se ocupe de que no tengas problemas con el cobro de la pensión o la cuenta bancaria y huir al extranjero, a un país de los que llamáis bananeros y allí disfrutar de lo que te quede de vida”.

“Ya, pero no tengo contactos, ni sé dónde ir”.

“Eso en mi país no sería problema, te puedo buscar una casita cerca de donde vive mi familia, ellos te pueden ayudar en cualquier cosa, pero no te recargues, que son pobres”.

“Oye Lucilda, yo no soy ningún gorrón, y si ellos pueden ayudarme a mí, yo también a ellos”.

“Perfecto, buscaremos una chica que te cuide y ya nos veremos cuando yo vaya de vacaciones”.

“¿Será tan guapa y simpática como tú?”.

“O más, casi seguro”.

“Eso lo dudo, pero dime una cosa, ¿Has hecho esto alguna otra vez?”.

“Si lo hiciera a menudo levantaría sospechas, solo en otra ocasión, con una viejecilla encantadora, pero no siguió todos mis consejos porque no quiso abandonar sus gatos y al final la pillaron”.

“Por fortuna no tengo gato y cuando mi perro murió el año pasado no quise adoptar otro para no volver a pasar el trago de su fallecimiento”.

Tal como estaba previsto, al psiquiatra no le costó nada emitir un informe declarando que Antonio estaba en la completa posesión de sus facultades mentales, a partir de ahí, la clínica privada envió un equipo medicalizado con la petición de traslado del paciente y su informe psiquiátrico, acompañado de la policía por si había problemas con la seguridad del hospital, la dirección del cual protestó, dijeron que el traslado era desaconsejable, que se le debían practicar pruebas Etc., pero aquel equipo se lo llevó por las buenas o por las malas, eran eficientes y estaban acostumbrados a soslayar este tipo de situaciones.

Una ambulancia le condujo al helipuerto donde le esperaba un helicóptero que le dejó en la misma azotea de su nuevo hospital, allí sin más pasó al quirófano y en pocas horas despertaba en una acogedora habitación con vistas al jardín y su pierna arreglada.

Lo primero que le sorprendió es la ausencia de la típica escayola, y que las cicatrices de la intervención eran casi inexistentes, el doctor que vino a visitarle le dio toda clase de explicaciones: “Nuestros métodos son más avanzados, le hemos puesto un ligero armazón de titanio y soldado el hueso con láser, en realidad podría comenzar a caminar ahora mismo, pero estará aquí tres o cuatro días en observación, hemos sustituido los sedantes opiáceos que hubieran acabado matándole por este disruptor del dolor sin efecto secundario que lleva aplicado al cuello, cuando salga de aquí ya no lo necesitará”.

“¿Y podré caminar tranquilamente?”.

“Durante un mes o dos no haga esfuerzos innecesarios, ahora bien, a partir de ahora, para cualquier tema de salud contacte SOLO con nosotros, le proporcionaremos un aparatito que conectado a su móvil nos puede informar de sus constantes vitales desde cualquier lugar del mundo y en pocas horas, incluso minutos, le podremos hacer llegar el remedio adecuado, pero aléjese del sistema sanitario oficial ni siquiera entre en una farmacia a comprar una crema solar”.

“¿Es por el protocolo verdad?”.

“Negaré haber escuchado esa palabra y haberle contestado, pero efectivamente, es por el protocolo, nos enorgullece mantener a nuestros clientes de cualquier edad a salvo del mismo”.

“¿Y no les causa problemas actuar contra el sistema?”.

“Al sistema ya la va bien que exista un santuario al que pueda acudir la élite de los que lo manejan, independientemente de los suyos propios, que también los tienen”.

“¿Y si denunciara a ese hospital por todo lo que me han hecho y no me han hecho?, eso ayudaría a otras personas en mí misma situación”.

“No sea Quijote, no es un hospital, es todo el sistema sanitario el que está confabulado, y no solo en este país, sino en toda Europa y la mayoría de países llamados civilizados, inventarían mil y una pruebas falsas y acabarían argumentando que es usted un chantajista o un demente”.

“Suerte que ustedes luchan contra ese sistema”.

“No sea cándido, para nosotros es una forma de negocio y solo lo hacemos con gente que puede pagar nuestras elevadas tarifas, como usted”.

No tardó en comprobar la eficacia del sistema cuando en una ocasión comunicó que tenía acidez de estómago por una comida excesiva, en pocos minutos le dijeron que saliera a la terraza donde un dron le entregó un paquetito con el medicamento adecuado.

A partir de ahí, Antonio fue un día y hora determinadas a dar de comer a las palomas en un rincón de un discreto parque y allí ‘casualmente’ apareció Lucilda, se sentó unos minutos a consultar su móvil y al levantarse dejó descuidadamente la bolsa de papel que llevaba consigo, no sin antes recoger una gruesa revista que él había dejado en el banco, una rara reminiscencia del pasado que poca gente usaba, era la forma de comunicación que habían acordado.

Entre las páginas de la revista había un papel con un corazón dibujado a mano y la palabra gracias y dos billetes de banco entremedias de cada página de la publicación, el dinero físico apenas se utilizaba ya, pero todavía era de curso legal.

Al volver a su casa Antonio abrió el contenido de la bolsa, era una serie de indicaciones para contactar con la familia de Lucilda, no tuvo problemas para comunicar con ellos, porque aunque estaban a medio mundo de distancia hablaban su mismo idioma aunque con un acento diferente y algunos vocablos extraños, para ello utilizó el nuevo móvil que la clínica privada le había proporcionado, a precio de oro por supuesto”.

Sin prisa pero sin pausa vendió todas sus posesiones, fue empaquetando sus recuerdos más queridos y mandándolos por correo postal a la familia de

Lucilda, pero no a ellos directamente, sino a una amiga natural de otro país que teóricamente no tenía nada que ver con ella.

El dinero fue a parar a la cuenta corriente donde cobraba la pensión, con lo cual en poco tiempo recibió avisos en su antiguo móvil, primero de la inteligencia artificial y por último, cosa rara, de un empleado, ofreciéndole activos financieros de toda clase, finalmente tuvo una entrevista personal en la que dejó bien claro que quería tener todos los fondos allí en aquella cuenta de libre disposición, aunque le proporcionara un escaso interés, y que por motivos de salud, se iba a vivir al extranjero por una larga temporada, lo cual era prácticamente cierto, con aquella excusa también tramitó la transferencia que le permitió comprar la casita que la familia de Lucilda le había preparado.

Lo último que vendió fue su lujosa casa, tras lo cual vivió unos días en un hotel hasta cerrar todos los trámites, hecho esto tomó el avión hacia su nuevo destino, que aunque había visto mil veces en vídeos 3D seguía teniendo la incerteza de cómo sería el contacto con la realidad física.

Sin embargo la realidad superó sus expectativas, la suave brisa del mar que se podía contemplar desde la terraza a una distancia razonable, el aroma de las plantas que rodeaban aquella zona, el canto de los pájaros, todo aquello le embriagó.

La casita era rústica y coquetona, además se veía muy sólida, en su interior vio que la familia de Lucilda se había tomado la libertad de abrir todos los paquetes que él había ido mandando y colocar todas sus cosas con un gusto exquisito, el hecho de llegar a casa puesta y no tener que desempaquetar tuvo un impacto muy positivo en él.

No tuvo problemas de adaptación porque la numerosa familia de Lucilda le tomó bajo su protección, en el primer día de su estancia una preciosa morenita abrió la puerta de la casa con su propia llave y se presentó, después de un par de sonoros besos dijo al asombrado Antonio: “Soy María del Mar la chica que cuidará de la casa y de ti”.

“Ha perfecto, ¿Y qué horario harás?”.

Ella rio de buena gana antes de contestar: “Veinticuatro horas al día y siete días a la semana, ¿Te parece suficiente papito, o quieres más?”.

“Pero... Tu marido, o tus hijos”.

“Mi marido me dejó, el muy cabrón, precisamente porque no puedo tener hijos, entonces... ¿Para qué voy a estar yendo y viniendo todos los días?,

he vendido mi casita y me vengo a vivir contigo, además, ¿Para quién piensas que es esa bonita habitación que está al lado de la tuya?”.

“Pensaba que para los invitados”.

“Pues ya ves, la invitada permanente soy yo”.

En poco tiempo María del Mar le fue aclarando la situación: “Mira papito, yo sé hacer guisos muy sabrosos, pero quiero que me dures muchos años, así que no te enfades si te hago comiditas suaves y no muy abundantes, que los gordos viven menos, también te voy a engatusar para que demos largos paseos, eso alarga la vida, espero que no te moleste mi compañía”.

“Estaría loco si me molestara la compañía de una preciosidad como tú que además eres simpática como unas castañuelas, pero ¿Y tú?, te aburrirás de estar siempre con un viejo”.

“Tranquilo cariño, estoy al lado de mi familia a la que puedo ver en todo momento sin que el cabrón de mi ex me ponga pegas, estoy ganando un sueldo muy bueno que voy a ahorrar al completo para cuando sea viejita, porque al vivir contigo no gastaré ni un céntimo, y aunque no te voy a sisar ni robar, cuando quiera un vestido nuevo, una crema o unas braguitas te pondré morritos y seguro que me lo compras, además un pajarito me ha dicho que tienes mucha cultura y has viajado mucho y como yo no la tengo podemos aprovechar para que me enseñes muchas, muchas cosas, empezando por idiomas”.

Antonio quedó encantado con el desparpajo y sinceridad de la muchacha, en otra ocasión cuando la vio salir desnuda del baño le dijo: “¡Ho!, lo siento”.

A lo que ella, sin taparse lo más mínimo, respondió: “Escucha papito, voy a vivir aquí contigo, así que vete acostumbrando”, dicho lo cual elevó sus brazos sobre la cabeza, dio dos vueltas en redondo con morbosa lentitud y remató diciendo: “Ya está, ya me tienes bien vista, la próxima vez no te sorprenderás, y si eso te pone cachondo ya miraré de aliviarte para que no sufras por las noches y duermas mejor”.

Antonio pensó que aquella última frase era pura retórica pero pudo comprobar que no cuando una noche en que estaban viendo una película subida de tono en el televisor 3D ella deslizó su mano por debajo de su calzón y notando su pene endurecido le dijo en tono mimoso: “Huy que mi chico se está calentando, anda vamos a la cama que te voy a dar un masajito”.

Él intentó protestar, pero sin mucha convicción a lo que ella respondió: “Ya te dije que he de cuidar de tu salud, pero en todas las formas y esto que te voy a hacer también es salud, una especie de gimnasia”.

Las manos de María del Mar hicieron desaparecer la escasa ropa de ambos como por arte de magia, aunque Antonio ya la había visto desnuda en varias ocasiones, el tenerla así en su cama le excitó por completo y para su propia sorpresa no le costó culminar un precioso orgasmo mediante el delicado masaje que ella le proporcionó con una lentitud y suavidad que hubiera hecho palidecer de envidia a la mejor cocote parisina.

Otra cosa que le sorprendió es que ella insistiera en que se bañaran y ducharan juntos, ella cortó sus pegas diciendo: “Tú eres viejito, puedes resbalar y caerte, además no te limpiarás bien la espalda, déjate de rollos que la higiene también es salud”.

Otra cosa que le encantó es que, a pesar de que toda la familia eran muy extrovertidos y realizaban muchas actividades juntos, como fiestas por casi cualquier motivo, Marimar cuidaba que no vinieran a importunar a su casa, especialmente los niños a los que decía: “El viejito necesita paz y tranquilidad, viene de un país mucho más calmado que el nuestro, así que nada de alborotos ni venir a explicar cuentos que el campo es muy grande”.

En una ocasión en que una tormenta tropical dañó el tejado de la familia de Lucilda, Antonio les escuchó lamentarse de lo que iba a costar la reparación con lo cual intervino diciendo: “Ésta es mi segunda casa, aquí vengo a cenar cada dos por tres así que yo me encargo de la reparación, pero con un techo mucho más fuerte para que no vuelva a pasar lo mismo”.

Si ya le consideraban casi de la familia, a partir de entonces la aceptación fue completa, en las fiestas alguna muchacha picarona le decía: “Si Marimar no te cuida bien avísanos y venimos a echarte una mano”, tras lo cual se partían de risa.

Al cabo de un año Lucilda volvió a su país para disfrutar un mes de bien ganadas vacaciones, llegó por sorpresa a casa de Antonio que releía un libro de filosofía en el porche y tal cual le dio un fuerte abrazo, cuatro besos en la cara y un último en todos los morros, manifestando de aquella forma todo el cariño que no había podido darle en el hospital.

Después de ponerse al día ella le dijo: “Marimar aprovechará que estoy aquí para visitar a su abuela un par de semanas, estate tranquilo, ella me ha explicado con detalle cómo te cuida y yo procuraré hacerlo igual de bien”.

Antonio se sonrojó pensando si esas explicaciones habrían incluido los aspectos más íntimos, esperaba que no porque le daba vergüenza que así fuera, pero sus esperanzas se esfumaron cuando por la noche Lucilda se metió desnuda con él en la cama diciendo: “Y ahora haremos un tratamiento anti-arrugas”.

“¿Anti-arrugas, que quieres decir?”.

“Pues para desarrugar esta cosita que tienes aquí que ya se está desarrugando solo de notarme a tu lado”.

“Pero Lucilda, cariño, tú tienes marido...”.

“Si, pero está en Europa, y vete a saber lo que estará haciendo, aprovechando mis vacaciones, además ya sabe que voy a sustituir a Marimar dos semanas cuidando un viejito, pero no hace falta entrar en detalles, pensará que te estoy cambiando los pañales y ya ves, más o menos es así”, acabó diciendo entre risas mientras le quitaba el pantalón del pijama.

Con Lucilda fueron dos semanas muy intensas, cuando lograba que tuviera una buena erección lo cabalgaba diciendo: “Tu quietecito y no te fatigues”, apretaba sus músculos vaginales sobre su pene y con unos movimientos de bailarina oriental lo llevaba hasta límites desconocidos para él.

Cuando regresó Marimar y le preguntó que tal había estado con Lucilda Antonio se sonrojó cuando ella insistió en que le explicara pelos y señales para al final decir: “Vaya con la enfermera, que métodos curativos tiene, pues voy a tener que ponerme a su altura”.

“Marimar, el que ella lo haya hecho no quiere decir que tu tengas...”.

“Cállate bobo, yo te haré lo que a mí me dé la gana”.

Pero Antonio no estaba tan desconectado del mundo como hubiera deseado, porque la cuenta bancaria y el cobro de la pensión, a la que no le daba la gana de renunciar por el más de medio siglo que había estado pagando una cotización muy elevada, hacían que no pudiera prescindir de su antiguo móvil, en el que no paraba de recibir avisos diciendo que una vez al año debía volver a Europa para hacerse un chequeo, que en caso de imposibilidad la embajada podía enviarle un equipo móvil, Etc., pero la cosa no pasó de ahí.

Fue cuando cumplió cien años que un delegado de la embajada se presentó sin previo aviso en casa de Antonio acompañado de un par de enfermeros robustos, y le dijo de sopetón: “Señor Antonio, la embajada está muy

preocupada por su salud, tememos que esté aquí abandonado a su suerte en este rincón del mundo y vamos a llevarle en principio a un centro médico y si es necesario a Europa”.

“Han hecho ustedes el viaje en vano, aquí estoy divinamente y no voy a moverme”.

Uno de los médicos tomó la palabra diciendo: “A su edad no está usted capacitado para saber lo que más le conviene, por eso debemos tomar la decisión por usted”.

“Ósea que están planeando una especie de secuestro”.

“Es lo que más conviene para su salud”.

Mientras esto ocurría, la familia de Lucilda se había apercebido del suceso y unos cuantos mocetones habían ido rodeando la escena, al acabar la última frase, el más fornido de ellos descargó un tremendo golpe con su machete en la mesita rústica del porche reduciéndola a astillas y dijo con cara de pocos amigos: “Han hablado de lo que conviene para la salud de Antonio, ahora yo les explicaré lo que conviene para la de ustedes, estamos rodeados de selvas con alimañas, zonas pantanosas con cocodrilos donde a veces desaparece gente y no se les vuelve a ver, es muy perjudicial para su salud tratar de llevarse a Antonio por las malas”.

Mientras se desarrollaba esta conversación ya se habían juntado alrededor más de una docena de hombres y otras tantas mujeres, algunos con los machetes desenfundados.

El diplomático trató de arreglar la situación diciendo: “No se confundan, nuestra acción es perfectamente legal, promovida por la embajada y si es necesario recurriremos a la policía”.

Uno de los hombres se adelantó diciendo: “Yo soy policía aunque hoy no estoy de servicio, sargento Melero del tercer escuadrón, si les parece llamaré a mi patrulla para que les acompañe al cuartelillo y allí se aclarará cuanto de legal tiene su operación”.

“No por Dios, lo último que deseamos es crear un incidente diplomático entre nuestros dos países, nosotros solo mirábamos por el bien del señor Antonio, pero si no quiere, él se lo pierde, nos marchamos y listo”.

“Pues ahora dejen de mirar por el bien de Antonio y miren por el suyo propio, aquí no se mueve una hoja de un árbol sin que la comunidad se dé cuenta, así que largo y no se les ocurra volver porque no seremos tan amables”.

La embajada se disculpó telefónicamente por el malentendido y nunca más pretendieron nada semejante.

Antonio vivió hasta los ciento quince años, poco tiempo antes de morir le dijo a Marimar: “He puesto la casa a tu nombre y te he dado firma en la cuenta de mi banco de aquí, acércate mañana mismo a la ciudad y saca todo el dinero que quede. En Europa solo tengo el dinero de mi cuenta bancaria, he nombrado heredera a Lucilda menos una pequeña cantidad para la sociedad protectora de animales, Hacienda le descontará un buen porcentaje, pero aun así le quedará una bonita cifra para ayudarla en su jubilación y que pueda regresar a su patria a salvo del protocolo”.

Mientras un par de lagrimones rodaban por sus mejillas Marimar respondió: “¿Todo eso has hecho mi amor?, fíjate ahora ya puedo llevarte a que te coman los cocodrilos”.

Al cabo de diez días, Marimar se acostó junto a Antonio como de costumbre para darle calor, se quedó dormida y al despertar él ya estaba frío.

Según sus deseos le enterraron en un profundo hoyo junto a su casa envuelto solo en un simple saco de tela y plantaron encima un bonito árbol que dio las flores más espléndidas de la zona, cuando el tronco creció y fue muy recio alguien se limitó a grabar en él la palabra: ANTONIO.

FIN